

Earta Abierta al Pueblo Paraguayo

Hace 20 años -1 de febrero de 1986- Augusto Roa Bastos dio a conocer desde su exilio en Toulouse, Francia, su “Carta Abierta al Pueblo Paraguayo”. En ella expresa sus reflexiones acerca de la responsabilidad de los sectores políticos, sociales y culturales para promover el cambio frente a un gobierno que ya llevaba más de tres décadas violando los derechos humanos en todas sus formas. En mayo de 1982, Stroessner ordenó la expulsión de Roa Bastos, luego de que éste expresara su propósito de afincarse definitivamente en su patria. La Policía lo tiró en Clorinda desde donde el escritor pasó a Buenos Aires y luego a Europa, cargado de prestigio principalmente por ser el autor de Yo, el Supremo. En recordación de los 20 años de la “Carta...”, reproducimos algunos párrafos de la misma:

Libre de resentimientos y frustraciones, he tratado de construir en mí una visión abarcadora y profunda de nuestro país, de la naturaleza a un tiempo simple y vigorosa de nuestro pueblo. Sus caídas y resurrecciones me han inspirado esta convicción esencial: una sola vez muere el individuo, pero el pueblo renace muchas veces.

Desde esta persuasión entrañable he tratado de contribuir de algún modo con mi pasión paraguaya y mi oficio de escritor a honrar a nuestro olvidado país en su auténtica realidad, en sus mitos sociales y nacionales genuinos, en la proyección del futuro al que corresponde ascender en derecho de sí, luego del atraso y la regresión que le han impuesto causas internas y externas, ajenas a su verdadera naturaleza. Pienso con José Martí que “las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos”.

En esta convicción radica mi voluntad de contribuir desde la cultura a la causa de regeneración y reconciliación nacional, en la que todos los paraguayos puedan convivir en paz, unidos por el sentimiento y la práctica de su reencontrada fraternidad.

¿Qué le debo a mi país? Todo. De él surgí interiormente. Él me convirtió en lo que soy ahora. A él le debo los rasgos de mi carácter, la estructura de mi existencia espiritual íntimamente libre. Por supuesto, le debo también mis errores de hombre. Y en alguno que otro desolado momento, la nostalgia innominada de esa tierra de sacrificios y resplandores donde están mis raíces que han quedado allí como mis muñones. En esos momentos vienen a mí los versos del gran poeta español Luis Cernuda: “Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo/ para de sí arrojarte...” Tal es mi único e irrevocable compromiso con la literatura y con la vida, con mi país y con el mundo. Esto es lo que debo pagar y pago como puedo. Sólo pido a cambio la restitución que se me debe. A mi pueblo, a mis amigos, a todos los que sé que me quieren hasta cuando me injurian y abominan de mí, les comprometo a cumplirla: cuando muera del todo –una larga agonía y una bella muerte toda una vida honran–, pido que incineren mis despojos y lleven a esparcir mis cenizas sobre esa tierra en la que gocé en mi juventud el casi intolerable y huidizo fulgor de la felicidad. Pero donde también conocí desde mi infancia el drama de la vida campesina y el inquebrantable valor de su gente. Su recuerdo aún me sostiene y ennoblece. Sólo que después de muerto no quiero correr la suerte de tantos otros compatriotas abandonados en tierra extranjera.

Esto es todo en cuanto a lo personal. Pero también estos sentimientos inspiran este mensaje de alguna manera ya póstumo, pues sólo desde la muerte la palabra es definitivamente verdadera e inapelable.

LLAMADO A LOS RESPONSABLES DEL GOBIERNO

Este llamado concierne también, aunque de modo indirecto pero sí respetuoso y no por halago de circunstancias, a los responsables del gobierno actual.

He atacado sin tregua a su jefe en cuyas manos se halla concentrado el poder autoritario unipersonal que desde hace más de treinta años rige los destinos del país al arbitrio de su sola y omnímoda voluntad. Le he atacado como cabeza del régimen con la misma dureza que él pone en los abusos de poder ya corrientes y generalizados de la represión interna. Pero, a diferencia de los métodos retorcidos y elusivos de estos excesos, que la práctica represiva remite siempre a la instancia de una inapelable “Orden Superior”, yo he atacado invariablemente a su cabeza visible con lealtad y espíritu de justicia, asumiendo plenamente, sin comprometer a nadie más que a mí, mi sola y única responsabilidad. Lo he hecho en la crítica de un sistema instaurado en su origen por un golpe de Estado, en la

denuncia de sus desmanes, en la anatomía de un régimen autoritario que se pretende democrático, tanto como en las propuestas de una salida honorable para todos hacia la restauración de la concordia nacional sobre la base de un proyecto jurídico-político de transición; hacia el restablecimiento de una democracia pluralista que haga realidad la voluntad y el consenso mayoritarios del país, bajo la garantía de un Estado de Derecho que surja de sus fuentes.

He fustigado al régimen y a su jefe y lo seguiré haciendo sin encono ni rencores personales, pues lo que está en juego no son cuestiones individuales sino la totalidad de la vida colectiva cuya soberanía ha sido usurpada.

Estoy en las mejores condiciones para seguir cumpliendo esta penosa pero ineludible tarea que mi conciencia me impone. Porque sucede a veces, por una suerte de oscura justicia distributiva, que el débil y el oprimido pueden enfrentar de igual a igual al poderoso y al opresor. Y que esta igualación posicional ya ha sido decretada por el propio régimen represivo. En el exilio interno mi voz se habría sumado de seguro a la forzosa y forzada mudez general. Al serme infligida, como a otros incontables compatriotas, el exilio perpetuo –que yo no experimente jamás como una sanción revocatoria de mi condición de ciudadano, sino como única distinción que podía recibir de un régimen semejante- éste me otorgó sin quererlo la facultad de combatirlo en igualdad de condiciones. En el centro del poder que le vuelve inapelable, y tal vez sordo, salvo a la adulonería, su jefe puede ser interpelado por cualquiera, en libertad y dignidad, desde el centro del exilio que es el contrapoder de los perseguidos.

He tratado que esta interpelación fuera siempre justa y aun autocríticamente equitativa. No voy a repetirla en esta carta. Lo que dice está dicho y es conocido dentro y fuera del país: un centenar de artículos, ensayos y conferencias difundidos en todo el mundo por la red de más de un centenar de agencias y periódicos. No me arrepiento ni abjuro de una sola palabra de las dichas, escritas y publicadas por mí. Sólo tal vez pueda reprocharme el no haber profundizado y no haber hecho aún más enérgicos mis análisis y juicios. Desde el principio, sin embargo, no me propuse enjuiciar a la dictadura –de esto se encargarán a su tiempo las instituciones de derecho del país-. Me limité a denunciar sus excesos en los campos de los derechos humanos y del ciudadano y siempre desde el ángulo cultural, que constituyen los únicos canales de mi militancia activa específica.

EVITAR EL MANIQUEISMO

Debemos considerar que, en sociedades desequilibradas como las nuestras, la concentración del poder y su cristalización en regímenes despóticos son tendencias que se imponen una y otra vez, inconteniblemente. Y esto casi siempre con el apoyo de sectores internos oligárquicos e incluso populares, ganados por la demagogia de los que se imponen como “hombres fuertes”, o por las presiones externas que el estado de crónica dependencia a los centros imperiales genera y facilita.

El atraso y la miseria de nuestras masas explotadas y humilladas o la avidez del medro fácil que la corrupción promete a los estamentos oligárquicos viejos o nuevos son incentivos irresistibles en la fascinación del poder y en la entronización del hombre fuerte “providencial” en el convulsionado marco de las expectativas facciosas sobre la disgregación de las fuerzas positivas de la sociedad. El hambre, la miseria material y moral, o la insaciable ambición de lucro y de prebendas consideran proféticas las promesas más absurdas y farisaicas. El infortunio de las masas y el instinto palaciego de los opulentos son igualmente masoquistas. El sufrimiento de las unas y la abyección de los otros parece ser el precio aceptable de esas promesas quiméricas.

Por otra parte, el recurrente fracaso de sistemas que se pretenden democráticos, pero que son también el resultado de las luchas por intereses y privilegios de grupos que se proponen como “alternativa de poder” al dictador de turno, no hacen más que favorecer y estimular, en toda lógica –si en situaciones caóticas como éstas puede hablarse de lógica sin caer en el absurdo-, la persistencia y, en ocasiones, la perpetuidad de tales regímenes despóticos aun bajo formas miméticas y hasta paródicas de la democracia. Confusión natural –otro elemento eficazmente disuasivo- en un país como el nuestro que no ha conocido jamás el juego normal de las instituciones y de la alternancia en el sistema de una efectiva democracia pluralista. Habría que agregar: un país como el nuestro que tampoco ha conocido nunca el triunfo de las luchas armadas por ideales auténticamente revolucionarios –que no fueran meras revueltas o guerras civiles partisanas- desde la Revolución de los Comuneros, en la colonia, hasta el presente, en plena neocolonia.

Nadie puede alegar, pues, inocencia o ignorancia transfiriendo responsabilidades. Pero tampoco nadie puede escudarse en la sola fuerza del poder autocrático para imponer los intereses de clanes o de advenedizos que el azar

elige y transforma en padres de la patria.